

Señores de los océanos

El historiador **Esteban Mira Caballos** reconstruye la aventura marítima del imperio español sin leyendas negras, ni rosas

MANUEL LUCENA GIRALDO

¿Es posible contar la historia de España sin la aventura marítima que supone, de Patagonia a Terranova, Alaska y la Antártida, la presencia de sus exploradores, científicos y pobladores? No, es imposible. Al revés opera el mismo principio. La historia de la fascinante experiencia humana en esas regiones y en muchas otras no se puede referir al margen del impacto que supuso la presencia allí de súbditos de la monarquía española. Occidente llegó con España, desde finales del siglo XV, a la mayor parte del planeta. Lo hizo en barco y para quedarse. La actual globalización representa el último estadio de una expansión europea que produjo la conexión definitiva entre continentes. Aunque algunos se empeñen en negar el increíble valor de esta hazaña, no estaríamos aquí si nuestros antepasados no hubieran tenido talento, ciencia y liderazgo para llevarla a cabo. Por eso, ante tantas falsificaciones de la historia, o tantas ficciones del resentimiento, es preciso ponerla en valor. Un libro como este muestra lo que corresponde hacer.



Las Armadas del Imperio
E. Mira Caballos
La Esfera, 2019
418 páginas
23,90 euros
★★★★

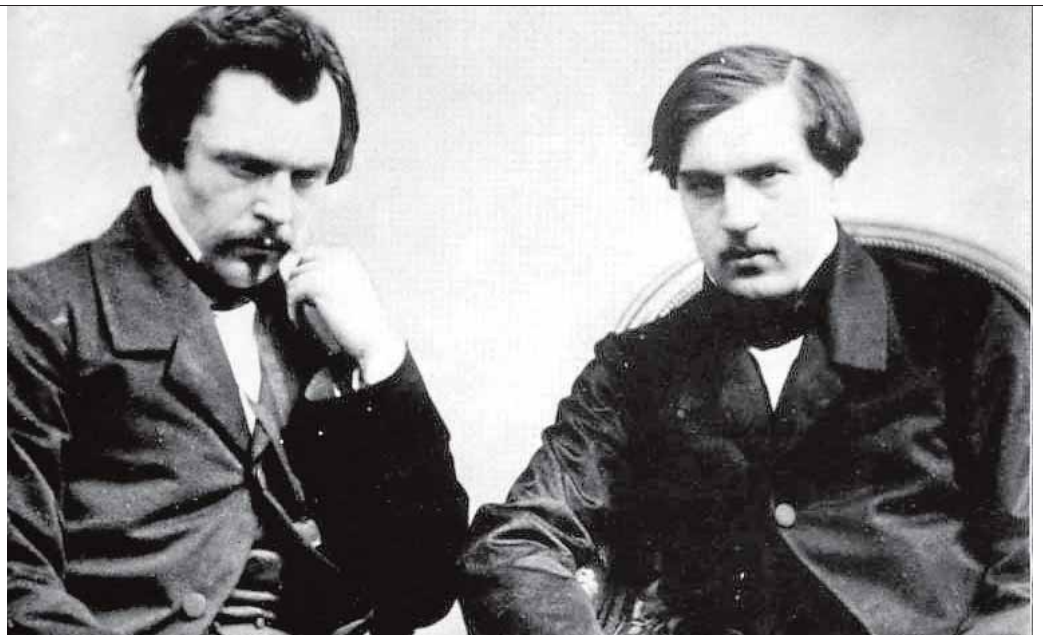
COMO RECUERDA EL AUTOR, no se trata de oponer a una leyenda negra una leyenda rosa. El antídoto de un mito no es otro mito, sino historia verdadera, contada con pasión y orden, basada en documentos. La obra se divide en tres partes, dedicadas a navegación, escuadras y campañas navales. La explicación del contexto político inicial da paso a dos capítulos extraordinarios. Tratan lo que era un barco de la carrera de Indias que unía España con América (lo único comparable sería una nave espacial que nos llevara a Marte y nos retornara a casa sanos y salvos).

Gracias a la pericia narrativa del autor podemos compartir el miedo, a ratos pánico, que acechaba al pasajero a América.

LA SEGUNDA PARTE MUESTRA que no hubo improvisación sino política de Estado, una estrategia a largo plazo que funcionó bien. La historia del poder naval español en la Edad moderna constituye un gran éxito, a pesar de las invenciones de Hollywood y sus franquiciados. Mira Caballos considera la aportación de Carlos V sustancial en la organización naval. En todo caso, fue afinada durante el reinado de Felipe II. No hablamos de flotas sueltas improvisadas, sino de un sistema, con armadas en el Cantábrico, Levante o Andalucía. En segundo término, con flotas europeas, en Génova, Flandes y Portugal. En tercer lugar, americanas en el Caribe y el Pacífico, asiáticas en Filipinas y la nao de Acapulco. La última parte expone el formidable avance de la historia militar reciente, entendida como herramienta integradora. Dos capítulos, para la disputa por el Mediterráneo y el Atlántico, matizan las imágenes de fracaso. España estuvo en los océanos y en ellos halló su destino. El convoy naval llegaba a casa pues trabajaban en equipo. Una lección para el presente. ■



Carlos V
(Tiziano)



Los hermanos Goncourt, fotografiados en 1855

LOS GONCOURT Y EL PRECIO DE LA GLORIA LITERARIA

Sin tiempo para digerir la muerte de su hermano, Edmond retomó su diario para narrar **el Sitio y la Comuna de París**

Diario. El Sitio y la Comuna de París (1870-1871)



E. Goncourt
Traducción:
José Havel
Renacimiento,
2020
444 páginas
21,90 euros
★★★★

JAIME G. MORA

Ómodamente asentados por el dinero de sus rentas; aristócratas, o más bien reaccionarios que odiaban a la clase obrera y a todo lo que oliera a democracia, los hermanos Goncourt gozaban de un punto de soberbia que les llevaba a decir que los únicos que cultivaban la «pura literatura» eran ellos y Flaubert. Desde luego que a ellos cabe atribuirles, y no solo a Zola, el impulso inicial del realismo naturalista, y más aún, a ellos se les debe el premio que desde hace más de un siglo alumbró los mejores descubrimientos de la literatura francesa. Pero fue en sus diarios donde dejaron su legado más sólido.

Lo escribían al caer la noche: se sentaban a su mesa de trabajo y, como si fueran uno, plasaban por escrito las miserias del mundo de las letras del París del XIX. Jules y Edmond se veían como «inteligencias gemelas» que vivían en una armonía total. Juntos firmaron, entre 1851 y 1870, unas irreve-

rentes memorias literarias que conforman el primer volumen de su *Diario* (Renacimiento, 2017). Aunque hay en estas páginas lamentos porque ni el público ni la crítica reconocen su originalidad y expresan su incomodidad ante las dificultades de vivir «en una época en construcción», a los Goncourt no les interesaba tanto exponer sus angustias como «ser verdaderos con el prójimo, con la vida», y no les importaba ser indiscretos o mezquinos.

A la publicación del primer tomo le sucedió una fenomenal polémica, con protestas de los autores aludidos y amenazas judiciales. Les acusaron de reproducir lo que algunos literatos comentaban despreocupadamente en las cenas, de ha-

«PARÍS ESTÁ BAJO LA MÁS TEMIBLE DE LAS APRENSIONES, LA APRENSIÓN A LO DESCONOCIDO»

cer juicios descorteses o de ridiculizar a sus contemporáneos. Solo quedaba Edmond para defenderse, pues los diarios no vieron la luz hasta 1887 y su hermano había muerto en 1870, pero él ya había adquirido el hábito de la escritura diaria y lo mantuvo hasta el final de sus días. Cerró la primera entrega con la descripción de la agonía

de Jules, víctima de una sífilis, y apenas había digerido el duelo cuando la asonada del Sitio y la Comuna de París le devolvió, ahora en solitario, a las páginas de su diario.

Desde dentro

Renacimiento, en una edición de José Havel, y Pepitas de calabaza, con una traducción de Julio Monteverde, recuperan en el *Diario* de 1870-1871 la crónica que el mayor de los Goncourt hizo de la guerra con Prusia, del Sitio de París y de la proclamación de la Comuna. El relato de Edmond tiene el sesgo de quien escribe desde postulados elitistas y despreciativos. «La sacrosanta democracia puede fabricar un catecismo aún más rico en cuentos chinos que el antiguo –apunta–: esta gente está lista para tragárselo devotamente». Pero la mirada que había ensayado durante tantos años como diarista le hace describir, como nadie hizo desde dentro, el «silencio aterrador» de la ciudad ante los bombardeos, cómo las conversaciones derivaron en exclusiva a lo que se podía comer, o las paradojas que se encontró, por ejemplo, al apreciar que las visitas a las áreas atacadas habían sustituido al teatro.

«París está bajo la más temible de las aprensiones –señaló–, la aprensión a lo desconocido». Hay en este diario una lucidez que justifica su condición de clásico. ■